

tigos; y aquí no cabe engaño. O dicen la verdad ó mienten; ó es una conjuración ó una realidad; y si es mentira, caemos con mas fuertes razones en los mismos inconvenientes que hemos visto, para probar la imposibilidad de que los apóstoles pudiesen concertarse en fingir el hecho de la resurrección. Digo con mas fuertes razones, porque el número de los testigos es mucho mayor, y las dificultades del concierto, tanto como los peligros de su descubrimiento, crecen en razón de su número. Uno solo que sea infiel ó tímido los desconcierta á todos; y si aquella maquinación nos pareció imposible, esta debe serlo mucho mas.

Porque en fin en la resurrección no habia mas que los apóstoles, y otros pocos que lo decian, y todo se quedaba entre ellos; pero que se me diga: ¿Cómo ó en virtud de cuál encanto han podido hacer ver y oír á otros muchos lo que en efecto no veían ni oían? ¿Con qué máquina han hecho subir la figura de un hombre al cielo? ¿Con qué prestigio han hecho aparecer dos hombres vestidos de blanco, que les dicen: Galileos, el mismo Jesucristo que ahora veis subir, un día le vereis bajar? ¿Con qué virtud secreta han podido grabar en la memoria de todos las palabras que dicen haberle oído, la promesa de enviarles el Espíritu Santo, y todas las demas?

Cuando los apóstoles hubieran tenido bastante

ingenio y malicia para concebir este plan; cuando se suponga que hubieran puesto por escrito los puntos en que todos debian convenir, ¿cómo podian esperar que tantos testigos y tan diferentes quisiesen adoptarle y sostenerle con tanto riesgo, solo por complacerles? No hay quien se atreva á sostener una mentira, sino cuando espera darla un colorido de verdad; pero cuando la falsedad es visible, nadie imagina inventarla ni persuadirla; por eso nadie ha emprendido hasta ahora persuadir que nació con alas, y que vuela.

Que se me diga tambien: ¿Cómo hombres que suponen malvados, pues sostienen á toda costa una mentira, muestran tanto ardor por persuadir la que no puede producir otro efecto, que acreditar á Jesucristo y el moral de su Evangelio? ¿Cómo hombres que no se suponen estóridos, esperan encontrar compañeros que quieran sufrir los tormentos mas terribles por ayudarles á sostener una ficción, y que en fin pretendan por medio de una traición propagar y extender la virtud? Hay en todos estos ratiocinios un tal complejo de absurdos y contradicciones que desde luego saltan á la vista.

La verdad es que no cabe en el corazón del hombre perder su libertad, su reposo, sus amigos y la vida por sostener una mentira en que no tiene interés, y ménos en sostenerla con tanta firmeza. El que se reconoce impostor se siente abru-

mado con su conciencia; desde que se acerca el peligro tiembla, y el mas atrevido cuando se ve delante de la autoridad que lo estrecha, y del riesgo que lo amenaza, se acobarda. Así son los hombres por lo comun; uno solo que no fuera así, seria un fenómeno; ¿qué serian, pues, muchos á un tiempo y por la misma causa?

Pero lo que da el último grado de evidencia es la venida del Espíritu Santo; pues con ella cumplió su promesa, y los apóstoles recibieron muchos dones, todos grandes y sobrenaturales: tales fueron los de ciencia, de lenguas, de hacer milagros, con la facultad de comunicar á otros este mismo poder.

Que los apóstoles hayan recibido estos dones es una cosa evidente, y que resulta de los mismos hechos, que son notorios, probados y subsistentes; si no, considerémoslos separadamente. No se puede negar que recibieron el don de lenguas; pues de otro modo ¿cómo hubieran podido convertir á tantos extrangeros de idiomas diferentes, que habian venido á celebrar la Pascua en Jerusalem? En solo un dia convirtieron cinco mil, en otro tres mil. La conversion de estos judíos es indisputable; pues con ellos se formaron las primeras Iglesias, de quienes se han formado despues las nuestras; y toda la historia atestigua la formacion de estas Iglesias antiguas, de que los apóstoles fueron los primeros pastores.

El don de la ciencia no es ménos evidente; pues ya sabemos lo que eran los apóstoles en tiempo de la vida y de la muerte de Jesucristo: pescadores ignorantes y groseros, tímidos que le abandonaron, estúpidos que no le entendian; pero observadlos ahora despues de la muerte de Jesus, y cuando el Espíritu Santo ha venido ya sobre ellos. ¿Acaso estos hombres parecen los mismos? Ni les queda rastro de lo que fueron. ¿Qué valor! ¿qué intrepidez! pero también ¿qué ilustracion! ¿qué elocuencia! ¿Y por ventura sin tenerla les hubiera sido posible convertir á tantos millares á pesar de la resistencia y autoridad de los principales de aquel pueblo?

Pero si esto no basta, leed las primeras cartas que escribieron á las Iglesias que fundaron, y decidme si os parece, ¿qué la sublimidad de aquel estilo, la profundidad de aquella doctrina, la elevacion de aquellos pensamientos puede ser obra de groseros y de ignorantes? ¿Quién, pues, les ha dado de repente tanto saber, y tantas ideas de riquezas y expresiones? Y no me digais que han podido escribirse despues por otros sabios; porque es indubitabile que ellos mismos las escribieron, y que se conservan tales como las escribieron, sin la menor alteracion.

La prueba es incontestable; pues no puede dudarse que ellos remitieron estas cartas á las Iglesias á quienes las escribian, y que estas llenas de

respeto las leían continuamente en comun; que remitían copias á las Iglesias con quienes estaban en correspondencia, para que se aprovechasen de su lectura; y que unas y otras guardaban los originales y las copias con un respeto religioso, como un depósito sagrado. La confrontacion que se ha hecho despues de unas y otras, ha probado con una demostracion incontestable que son las mismas, y que se han conservado en toda su integridad y pureza.

En cuanto al don de hacer milagros no es menos evidente, y lo prueba tambien la misma serie de los hechos: pues es constante que los apóstoles no pudieron vencer la obstinacion de tantos judíos, ni hacerles creer cosas tan inverosímiles y extraordinarias como la Resurreccion y Ascension de Jesucristo, sino á fuerza de milagros: ya hemos visto el del cojo de nacimiento. La historia cuenta otros muchos, y es preciso que sean verdaderos, porque sin ellos no se puede concebir cómo unos pobres hombres pudieron hacer tantas conversiones.

Tambien es preciso que sea cierto lo que cuenta la historia, de que estos mismos apóstoles podian comunicar, y comunicaban en efecto, el don de hacer milagros á los que creian en Jesucristo. Cuenta que así lo hicieron con Cornelio el Centurion y con otros muchos; añade que estos dones fueron tantos y se hicieron tan comunes, que Si-

mon el Mago quiso comprarlos con dinero. Esto es bien extraordinario, pero no puede dejar de ser cierto; porque los mismos á quienes lo decian los apóstoles, lo creian, señal segura de que lo veian, ó se verificaba en ellos mismos; y la prueba de que lo creian es, que se convertian y adoraban á Jesucristo; pues ellos fueron los fieles que formaron las primeras Iglesias.

De aquí resultan varias reflexiones. Ya hemos visto lo absurdo que seria imaginar, que los apóstoles, que ya conocemos por hombres desinteresados y virtuosos, se atreviesen á atestiguar los milagros de Jesucristo, si no los hubieran visto. ¡Pero cuán absurdo seria imaginar que se atreviesen á decir, no solo que los vieron, sino que ellos tambien podian hacer otros semejantes; y lo que es mas, que podian comunicar este mismo poder á otros, si no estuvieran en estado de verificarlo? Para llegar á este extremo de arrojo y temeridad, es menester un grado de demencia, que no es posible concebir; y cuando esto fuera posible, no se concebiria jamas, cómo hombres tan locos y ligeros hubieran podido convertir á tantos.

El hecho indisputable y de que es imposible dudar es, que convirtieron una gran muchedumbre; pues no es posible dudar que fundaron muchas y numerosas Iglesias. Y de este hecho solo resultan como consecuencias necesarias, que persuadieron la verdad de los milagros de Jesu-

cristo, contando los de su Resurreccion y su Ascension; que si prometian hacer milagros, los hacian en efecto; que si decian que podian comunicar el mismo don, le comunicaron en realidad á muchos de los que habian persuadido; pues habiéndolo prometido, los que los escuchaban no hubieran podido estimarlos ni respetarlos, si no les hubieran visto cumplir las promesas, ni hubieran querido convertirse. Sola la verdad de los hechos puede explicar sus conversiones; y pues no puede negarse que se convirtieron, respecto de que fueron los primeros cristianos nuestros padres, resulta por una conviccion irresistible, que los hechos fueron verdaderos.

En efecto, señor, supuesta esta verdad, ved los grados de evidencia á que podia subir la conviccion de los apóstoles. Primero. Jesus, Hijo de María, dijo que era el Mesías; y para probarlo ha hecho cosas que no pueden dejar de ser milagros, tales como resucitarse á sí mismo; y nosotros todos lo hemos visto. Segundo. El mismo Jesus nos ha comunicado el poder de hacer milagros iguales; y nosotros los hacemos. Tercero. Tambien nos ha dado el poder de comunicársele á otros, como en efecto los hacen. El primer grado de evidencia es ya fuerte; porque es mucho escuchar testigos de esta clase, que dicen haber visto los milagros de Jesucristo, y que lo sostienen en medio de los tormentos. Mucho

mas es oír y ver que ellos los hacen; ¿pero cuánto mas es ver que pueden comunicar este poder, y le comunican á los que creen en Jesucristo? Parece que este es el último grado de la evidencia, y que es preciso rendirse á tanta demostracion.

Me seria muy fácil, señor, multiplicar las pruebas, para haceros ver por distintos medios la incontrastable verdad de estos milagros; porque fueron notorios, hechos en presencia de muchos testigos, y su fruto está á la vista en el establecimiento y extension de la Iglesia. Parece que la Providencia quiso, que no quedase duda en la verdad de estos hechos, y que fuesen tan ciertos como palpables, á fin de que un buen juicio bastara para percibirlos y asegurarse de ellos.

Tened presente, que no hay en la historia profana un hecho tan constante ni tan probado como el de la Resurreccion de Jesucristo; y este prueba todos los demas: que el Evangelio, sin considerarle mas que como una historia humana, es mas digno de fe que todas las demas, porque no hay ninguna que tenga á su favor ni tantos autores coetáneos, ni tantos monumentos subsistentes que comprueben los hechos que refiere; que este libro fué escrito en tiempo en que vivian los testigos, y que no era posible se escribiesen cosas que no fuesen ciertas, y de que sus enemigos se hubieran servido para desacreditarle; que San Pablo hablando de la Resurreccion escribia,

que todavía existían muchas de las quinientas personas que lo habían visto; que San Juan en su primera carta empieza diciendo: Que va á escribir lo que sus ojos han visto, y lo que sus manos han tocado; que todos los demás autores fueron no solo testigos, sino instrumentos de lo que refieren; y que la fuerza de estos testimonios en tiempo en que los hechos estaban recientes, obligó á muchos millones de personas no solo á someterse á su verdad, sino á practicar una religion austera.

Me pesa mucho que me haya sido preciso para obedéceros tratar este punto solo, desenlazándole de todos los otros que encadenan el admirable edificio de la religion; porque si os la pudiera mostrar en grande, fijando vuestra vista en la inmensa extension de todo su plan, hubiérais visto que viene de Dios, y que todos sus monumentos, desde el instante de la creacion, estan encadenados entre sí, y vienen á terminar en Jesucristo, sin que sea posible encontrar una línea de division. Señor, ¡qué designio tan grandioso! ¡qué obra tan magestuosa!

Apénas peca el hombre, cuando Dios le castiga, pero le promete un Libertador; renueva esta promesa á Abraham, á Isaac y á Jacob; á este último le añade que saldrá de la raza de su hijo Judá; empieza á cumplir su promesa, y escoge al pueblo hebreo para que sea depositario de ella;

suscita á Moises para que le sirva de caudillo, y este prueba su mision con milagros tan estupendos y tan públicos, que aquel pueblo, aunque indócil y perturbador, se le somete; le sostiene con la esperanza del Mesías, y promete conducirle á la tierra que Dios le habia destinado.

Los monumentos de estos milagros existen hoy en los ritos y en la sinagoga de los judíos: Dios los conserva para que nos sirvan de testigos. Llevan los hebreos á la tierra prometida, adoran al Dios de Moises; pero el principal fondo de su religion es la esperanza de este Libertador. Sus deseos religiosos y sus ruegos se dirigen al cielo, para que cuanto antes envíe al que llaman Deseado de las naciones. De tiempo en tiempo vienen profetas que renuévan la memoria de este Mesías: unos le describen; otros fijan el tiempo en que debe llegar, y todos tienen el mismo anhelo. Cúmplese por fin el tiempo en que Daniel habia predicho la llegada de este Enviado. Los judíos le aguardan con tanta ansia, que se engañan, y toman partido por otros que no lo eran; pero entónces nace Jesus, hijo de María, y nace en Belen, donde otros profetas habian dicho que debia nacer. Nace pobre, y vive obscuro, sin pensar más que en prepararse á su mision; aguarda la edad de treinta años fijada por la ley para poder predicar; desde que la cumple, corre los lugares y aldeas de la Judea, predica un Evangelio nue-

vo, descubre verdades divinas hasta entónces ignoradas, exhorta á una moral pura, superior á cuanto los hombres habian enseñado; pero moral severa, que si era conforme á la razon sana, era contraria á la naturaleza pervertida, y debia excitar su repugnancia.

A pesar de su pobreza, de su obscuridad y de la austeridad de su doctrina, el pueblo le ve una magestad tan respetable, y le observa virtudes tan sublimes, que se siente forzado á escucharle con veneracion y deferencia. Le dispensa tantos beneficios, en su favor hace tantos milagros, que por sí mismo adivina que es el Mesías. ¿Y cómo podia dejar de adivinarlo, pues le ve mandar á los elementos, multiplicar los panes, y resucitar los muertos? ¿Quién sino el Mesías? ¿qué otro que el Libertador que esperaba, podia ejecutar tantos prodigios?

Los sacerdotes y doctores, envidiosos de tanto aplauso, recelan que quiere destruir la ley de Moises y desacreditarlos. Jesus les dice: Si no creéis mis palabras, creed en mis obras; pero ellos no creen nada: sus pasiones los ciegan. Quanto mas le veneran los pueblos, se irritan mas los gefes; lo prenden, lo examinan, y le preguntan quién es; él lo dice, y su respuesta les parece blasfemia; buscan testigos falsos que le acusan sobre un equívoco, y sin mas exámen le condenan.

Para obtener la ejecucion le conducen á un

tribunal superior y extranjero; allí se le vuelve á preguntar de nuevo, y él vuelve á responder casi lo mismo: el juez reconoce su inocencia, y lo quiere librar; pero los magistrados que le han sentenciado, persisten en pedir su muerte; intimidan al juez, y este lo abandona; entónces le crucifican y entierran: los mismos magistrados sellan su sepulcro, y ponen soldados para custodiarle; pero apesar del celo tan activo y de la vigilancia tan interesada, el cuerpo no parece, ni se sabe donde está: los guardas para disculparse dicen que se durmieron, y que sus discípulos le robaron; pero estos aseguran que Jesucristo resucitó, que se les ha aparecido, y que ha hablado con ellos.

En efecto, estos pobres pescadores ignorantes y tímidos, que abandonaron á su maestro en el momento de su pasion, poco despues de su muerte con un valor heroico cuentan á todos una historia tan prodigiosa, como parecia increíble. Dicen que Jesus, despues de haber sido crucificado, se les ha aparecido en diferentes ocasiones, unas veces estando juntos, y otras estando separados; que han comido y bebido con él; que los ha instruido de muchas cosas; que al cabo de cuarenta dias los llevó al monte de las Olivas, y que allí en su presencia y la de otros muchos se despidió de todos, diciéndoles que no se les volveria á aparecer, pero que presto les enviaria su Espíritu.

Que en efecto le vieron subir al cielo, y pocos dias despues estando juntos en oración, descendió sobre ellos el Espíritu Santo; que este les comunicó el don de lenguas, lo que probaban hablando y entendiendo los diferentes idiomas de los que estaban entónces en Jerusalem; el de hacer milagros, y lo probaban haciendo muchos; en fin, el de poder comunicar este don á otros, como en efecto le comunicaban.

Los magistrados instruidos de estos discursos, y queriendo atajarlos, los citan á su tribunal, y examinan los hechos. Los reos léjos de intimidarse, les impropéran en presencia de todos el enorme delito de haber hecho crucificar al Mesías que ha resucitado. Los magistrados no los castigan, y es porque no se atreven; pues ven que el pueblo está por ellos á causa de los milagros que hacen, y se contentan con mandarles que no prediquen en el nombre de Jesús.

Peró apesar de sus amenazas, los discípulos continuan sus exhortaciones, repiten los mismos hechos, y los comprueban con nuevos milagros, que aumentan y multiplican las conversiones. Para sosegar la conmocion y el fermento del pueblo, se toman medidas mas activas; se manda prender á los discípulos y encerrarlos en una cárcel; pero el ángel del Señor los saca de ella, y este nuevo prodigio confirma mas á los que estaban convertidos, y hace convertir á otros de nue-

vo (1). Y apesar de cuantas amenazas y rigores se practican, todos los testigos siempre firmes y siempre imperturbables, sostienen con el mismo vigor sus testimonios, sin que jamas ninguno se haya desmentido.

Despues para obedecer á su Maestro, que les mandó publicar su Evangelio á todas las naciones... Cuando el padre llegó aquí, sonó la campana, y segun su costumbre, se puso en pié presuroso para ir al coro. El se fué, Teodoro; pero se fué sin que yo pudiera ni levantarme para responder á su cumplido, ni decirle una palabra sola: yo quedé como inmóvil, como enagenado y fuera de mí. ¿Cómo podré pintarte la situacion de mi alma? Yo estaba como si me hallara de repente en una región nueva y asombrosa, de que no habia tenido la menor noticia: yo me hallaba atolondrado, aturdido y como abrumado con el peso de una enorme losa, que me angustiaba el pecho, y que no podia sacudir. ¿Cuántos eran los objetos de mis reflexiones! ¿cuántos los motivos de mi asombro! ¿De dónde habia sacado el padre tantas pruebas tan claras y convincentes! ¿Cómo los filósofos, que tanto impugnan la religion, no hacen mención, ni se hacen jamas cargo de tantos y tan graves hechos, los cuales por sí mismos manifiestan la importan-

(1) Act. Apost. V. 18.

cia? ¿Cómo yo mismo que he leído tantos libros, que pasaba por erudito y aplicado, nunca he encontrado en mi camino nada que me haya podido dar estas noticias, ni excitar estas reflexiones? Yo me creía sabio, y á vista de este padre soy un niño. Yo creía á los filósofos como los primeros ingenios del mundo, y en sus libros se lee todo ménos lo único que importa saber: ó no lo saben, y yo estaba engañado; ó lo saben y lo callan, y en este caso no proceden de buena fe.

Porque hablemos claro: los discursos del padre son justos, exactos y naturales. No es posible encontrarles vicio ni defecto, y las consecuencias son legítimas de hechos constantes, indubitables y conocidos; no es posible disimularse ni la seguridad de sus principios, ni la estrecha union y cadena de todos sus discursos; no hay donde morder en todo lo que ha dicho. ¿Seria posible que hubiese una verdad de esta importancia, que fuese conocida de estos hombres oscuros y vulgares, y que quedase escondida á los mas ilustres y penetrantes ingenios de la tierra? ¿Seria posible que ellos fueran los sabios y nosotros los ignorantes? Seria posible... Y echaba una ojeada sobre todas las consecuencias. Esta idea me hacia estremecer: yo queria apartarla de mí, porque me contristaba; pero se me volvía á presentar aquel escuadrón de pruebas tan ordenado y tan unido, que no dejaba resquicio pa-

ra penetrarle. Yo conocia bien que todo esto me era nuevo, que mi espíritu no estaba familiarizado con aquellas ideas, y que pudiera ser que viéndolas despacio y de mas cerca, pudiese encontrarlas su parte débil; pero no podia dejar de confesar que á la primera vista me habian parecido terribles, inexpugnables y victoriosas, y que por lo mismo merecian mucho estudio y mucho exámen.

Luchaba con mis propios pensamientos. Bien veia que no podia satisfacer las reflexiones del padre; pero echaba un momento la vista sobre el objeto en sí mismo, separándolé de todos aquellos ratiocinios, y entónces mi espíritu se sosegaba, y decia entre mí: ¡Un Dios muerto! ¡un Dios resucitado! esto es imposible: solo un visionario puede creer en tal absurdo. El padre lo prueba ó aparenta probarlo; pero todo se prueba en el mundo, ¡y el que ha estudiado la materia, y ha aprendido su texto ó su sermón, puede sorprender al que le escucha desprevenido! El padre ha podido dar una apariencia de verdad á lo que es de su naturaleza tan increíble; pero cómo podrá responder á las dificultades que le puedo presentar? La elocuencia y el ingenio pueden fascinar y dar bulto á lo que no tiene realidad; pero cuando se apura la verdad en el crisol del exámen, es preciso que se deshaga todo lo que no es sólido. En estas agitaciones pasé la noche, y el único

partido que tomé fué aplicarme á recoger en mi espíritu todas las objeciones que me pudieran ocurrir, para presentárselas, esperando que no las podría resolver, y que yo hallaría en la discusion los medios de conocer la parte débil de todos sus discursos. Lo que pasó en la conversacion del otro dia, será el objeto de mi primera carta. A Dios, Teodoro.

CARTA IX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: yo habia pasado toda la noche ménos ocupado en hacerme cargo de las razones del padre, para penetrar toda su fuerza, que en juntar objeciones para combatir las. Me parecia vergonzoso que un pobre eclesiástico, que yo habia creído ignorante y vulgar, como los otros, pudiese vencerme en esta lucha, y así me armé de cuantas reflexiones me suministraron mi razon y mi lectura. Las creí insolubles, y me decia: Pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo le estrecharé con la fuerza de las mias. Si yo no puedo responder á sus difi-

cultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedaremos iguales. Con esta disposicion, luego que llegó, empezó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones, dividiré nuestras réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo dí principio de este modo: Ya visteis que ayer os escuché con atencion, y os confieso que me habeis sorprendido y embarazado. Me habeis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí, que no han dejado de hacerme grande impresion. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente, sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las pruebas que me habeis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba; porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razon un sistema que por sí mismo presenta el de la contradiccion. Creo tambien que será menester talento y estudio para despojarle de las formas especiosas que le habeis dado, y reducirle á su figura natural.

Pero despues de haberos confesado con sinceridad el efecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instruccion y talentos que mostrais, puede persuadirse é intenta persuadirme seriamente tanto agredado de absurdos y contradicciones?

Considerad ¿cuántas imposibilidades contiene y